

Momento de Cenáculo María, Madre nuestra

(Mientras se lee, poner música de fondo)

Canto inicial:

Madre del silencio
(pág.44, N° 83)

Voz 1:(hombre)

Mi mejor invento,
-dice Dios-
es mi madre.
Me faltaba una madre
y me la hice.
Hice yo a mi madre
antes de que ella me hiciese
Así era más seguro.

Cuando me fui al cielo,
-dice Dios-
yo la echaba de menos,
y ella a mí.
Y la traje a mi casa,
con su alma, con su cuerpo, bien entera.
Yo no podía portarme de otro modo.
¿O acaso no soy yo quien manda?
¿De qué me hubiera servido ser Dios?
Además, también lo hice
por mis hermanos, los hombres,
para que tengan una Madre en el cielo,
una Madre de veras,
como las suyas de la tierra,
con cuerpo y alma.

Voz 2:(mujer)

Querida Madre nuestra,
queremos conocerte,
para amarte cada vez más.
Todo amor se cultiva y crece
en la contemplación
de la persona a quien se ama,
en el diálogo íntimo con ella,
en los actos de amor que le ofrecemos.

Voz 1: (hombre)

Querida Madre,
míranos
a quienes venimos hasta ti,
con anhelos de contemplarte,
de escucharte, de dialogar contigo,
de ofrecerte muestras de amor.

Todos:

Sí, querida Mater,
queremos asomarnos a tu corazón.
Por eso, deja mirar,
mirarte simplemente,
mirarte toda, sin decirte nada,
decirte todo, mudo y reverente.

Canto:

Madre del silencio, (sólo el coro)
pág. 44, N° 83)

(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):

Voz María :

Hijo mío, ven,
acércate a mi corazón,
y al corazón de mi Hijo.
Conocerme
es un poco recorrer
la historia de mi vida
Y la historia de mi vida,
es la historia de Aquel
a quien pertenece mi corazón.

El día de la Anunciación
estaba yo en silencio.
en oración profunda,
en la presencia de Yavé, mi Dios.

Repentinamente,
una voz celestial
me saludó, con amables elogios.
¡Yavé, mi Señor, me visitaba!
A través de su Mensajero
vino hasta mí ,y me expresó su deseo
de venir a habitar entre los hombres
encarnándose en mi seno.

Nada dije, escuché atentamente;
sólo una pregunta y una respuesta.
El ángel lo dijo todo.
Yo no comprendí.
¡Sólo sabía que era
la Sierva de Yavé, mi Señor!
A él correspondía tomar las iniciativas,
a mí, simplemente ejecutarlas
con amor y fidelidad.
De todo corazón accedí a su deseo,
sin entender el peso casi insoportable,
que depositaba en mis débiles hombros.

Pero Yavé lo sabía.
En él había puesto yo toda mi confianza.
No pude sino responderle:
¡Heme aquí, sí, acepto,
hágase como tú lo quieres!

Voz 1:(mujer)

¡Madre de la encarnación,
templo de la presencia de Jesús,
eres todo silencio,
y toda oración!

Voz 2:(hombre)

Eres toda apertura y fidelidad
a la voluntad de Dios.
Por sobre todo, te sabes hija
y te sientes hija del Padre;
en su corazón habitas
desde siempre.

*(música de fondo mientras
se lee lo siguiente)*

Voz de María:

Hijo mío, acércate a mi corazón.
Allí te enseñaré a reconocer
la voz del Padre,
cuando te visita
y te solicita una respuesta.
No dudes, entonces.
Cree, acepta y recibe.
Apresúrate a dar tu consentimiento
a la voluntad de mi Señor,
cuando él pida tu colaboración.
El es Padre, todo lo puede,
ni un momento te desampara.

Todos

Abre, Virgen Santa,
mi corazón a la fe,
abre mis labios al consentimiento,
abre mi corazón a la voluntad divina.

Canto:

Madre del Silencio, (sólo el coro)
pág. 44, N° 83)

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

Voz María:

Isabel estaba en su sexto mes.
Partí de prisa a la montaña,
a Ain-Karim,
para felicitarla, ayudarla,
darle compañía,
y compartir con ella el inmenso gozo
que me invadía.
¡La causa de tal gozo
era el Hijo que llevaba en mí!

Ella me saludó
con un increíble regocijo.
Durante los tres meses
que permanecí con ella,
nos desahogamos
de las impresiones,

de las vivencias,
de las emociones de esos días,
que Yavé, el Dios de Israel,
nos regalaba.
¡El era el principal tema
de nuestras conversaciones,
y había hecho en mí maravillas!

Cuando alguien se siente
intensamente amado por el Padre
no acierta a hablar más que de él.

Voz 1:(hombre)

¡Señora del silencio y de la espera,
Señora de la entrega y la alegría,
no elegiste unas semanas de tranquilidad,
para meditar a gusto
el diálogo con el ángel
y la presencia del Mesías
en tu seno!

Voz 2: (mujer)

Tu inclinación al servicio
de los necesitados y afligidos,
de los pobres y de los pecadores,
te lleva a partir de prisa.

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

María:

Hijo mío,
ven, acércate.
Yo te ayudaré a abrir
tu corazón a Aquel,
cuyo amor y misericordia,
nos mueve a ser servidores
de quienes más amamos;
a compartir
lo que él nos regala cada día,
con nuestros hermanos,
sobre todo con los más necesitados.

Todos:

¡Ven, Virgen Orante y Peregrina,
Madre de la Visitación
y del Adviento, de la espera!

Así como entraste en la casa de Isabel,
entra en mi corazón.
¡Saluda, Madre nuestra,
y despliega en él
tu experiencia de Dios!
Alegra nuestro corazón
por todos los dones
que Dios nos regala cada día.

Llévanos a compartir
lo que tenemos
y regálanos
el gozo de servir.

Canto:

Dios te salve María,
llena eres de gracia
el Señor es contigo,
y bendita tú eres
entre todas las mujeres
y bendito es el fruto,
de tu vientre Jesús.

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

María:

¡Faltaba poco para la llegada de mi Hijo!
Nadie mejor que nosotras, las madres,
sabemos de ese inmenso gozo
de dar a luz una vida.
¡Era tan insondable lo que viví
en los 9 meses de gestación!

Hubo una profunda intensidad,
una convivencia indescriptible
entre mi Hijo y yo.
¡De la misma sangre
vivíamos yo y él;
del mismo alimento nos alimentábamos,
respirábamos el mismo oxígeno!

Durante este tiempo, José, mi esposo,
había sido todo respeto,
todo delicadeza y ternura.
Su actitud de cariño,
de protección,

de admiración
y casi de reverencia,
me llenaba de cobijamiento.

En esos días, debimos viajar a Belén
por causa de un censo imperial.
José estaba preocupado por el viaje.
Allá en Belén,
no encontramos
lugar para hospedarnos.

Nos dieron un espacio en una pesebrera...
¡Y allí nació mi Hijo tan esperado!
Dios quiso rodear el nacimiento de su Hijo
de reverente reserva, de silencio,
de humildad y de expectación.

¡Esa noche del 24 de diciembre
fue la noche más luminosa
y jubilosa de toda mi vida!
¡Noche de Navidad, Noche Buena!
¡Qué grande es traer al mundo un niño!
¡Don maravilloso de Dios!
¡Y era el Hijo del Altísimo!

Voz 1: (hombre)

¡Madre de la Noche Buena!
en ti resplandecen
la maternidad y la fortaleza.
¡Madre de la Vida,
a tu paso comunicas
la llegada de esa Vida!

Voz 2: (mujer)

¡Señora de la Luz,
Señora de la Aurora,
bendito sea el fruto de tu vientre!

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

Voz María:

Hijo mío, ven,
adéntrate en mi corazón.
¿Sabes?,
siempre, lo más grande
se gesta en lo más pequeño;
de la humildad nace la grandeza.

La vida se gesta
silenciosamente, suavemente.
Abre tu corazón a mi Hijo
que es la Vida,
para que él pueda
transformarlo en su morada,
en un santuario,
donde él habite para siempre.

Todos:

Tú, que eres Madre,
prepara
a dar la vida
a donar la vida,
a cuidar la vida,
así como tú lo hiciste.
Tú, que eres la Madre
del verdadero Amor,
ensancha nuestro corazón
y llénalo del Espíritu de Vida.
Ven a habitar entre nosotros
y conviértenos en santuarios vivos
de la presencia de tu Hijo.

Canto:

/:Ave María, a,a;
Ave María, a, a;
Ave María :/

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

Voz María

Después del nacimiento de Jesús,
nuestra vida en Nazareth
ocurrió en armonía y tranquilidad,
entre las tareas cotidianas de amasar el pan,
traer el agua de la fuente, la leña del cerro.

Enseñar a Jesús
a comer, a jugar,
a caminar, a hablar,
nos ocupaba a José y a mí.
Sin embargo, nuestra vida
no estuvo exenta de dolores ni pruebas:
la huida al extranjero,
la pérdida de Jesús

cuando se nos quedó en el Templo...

Muchas cosas sin entender
que yo guardaba y meditaba
en el corazón.

Con José,
nos regocijábamos
viendo crecer a Jesús
en sabiduría, en gracia y en edad,
delante de Dios y de los hombres.

¡En mi hogar,
crecía el Hijo del Altísimo!
Era necesario que yo y José
nos disminuyéramos,
para que el Hijo se agrandara.

Cuando Jesús cumplió 30 años,
fuimos invitados a una boda en Caná.
La boda era la fiesta cumbre
en la vida familiar judía,
y la celebración duraba varios días.
Asistimos Jesús, sus discípulos y yo.

Estando en medio de la fiesta,
advertí que faltaba el vino.
Quise solucionarlo
de manera inadvertida.
Me aproximé a Jesús
para decirle lo que ocurría,
casi como un ruego.
Después de un instante,
él accedió a mi petición
y transformó el agua de unas vasijas,
en un vino exquisito.

Voz 1: (hombre)

¡María,
esposa de José,
Madre de Jesús;
Virgen del amor y de la fidelidad,
en Nazareth,
eres esposa y madre!
Eres la Madre solícita y solidaria,
atenta a las necesidades
de los hombres.

Voz 2: (mujer)

Te sientes en comunión con tu Hijo
y actúas segura de conseguir un gran favor.
No importa lo que tú digas,
sino lo que él diga
y es eso lo que se debe hacer.

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

Voz María:

Hijos míos,
cuando sientan
las necesidades de sus hermanos,
vayan en su ayuda.
Hagan lo que Jesús les diga,
y él transformará
el egoísmo en caridad,
y habría fiesta
en el corazón.

Todos:

Madre,
acógenos solicita bajo tu manto.
Habla a tu Hijo
como cuando él estaba en la tierra
y ayudaba en apuros y penurias;
dile: No tienen vino ni alimento
y él con certeza
escuchará nuestra súplica.

Canto:

Madre del Silencio, (sólo el coro)
Pág. 44, N° 83)

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

Voz María:

Después de tres años
de peregrinación,
por ciudades y campos,
predicando la Buena Nueva del Padre,
se acercaba la hora culminante
en la vida de mi Hijo.

Era calumniado y perseguido.
Sabiendo que lo apresarán,
se había despedido de los suyos
en una noche de íntimo diálogo
y esa misma noche lo apresaron.
Fue condenado a morir crucificado
en la cima del Calvario.
Lo seguí en cada paso
de su vía crucis,
hasta llegar al monte.

El Calvario estaba
lleno de música fúnebre,
de voces, de movimientos,
de tristeza y de expectación.
Allí estaba la cruz, los clavos,
los soldados, los ladrones,
el centurión...

¡Pronto mi Hijo pendía de la cruz!
Quise permanecer de pie
junto a él,
para compartir su dolor,
para hacer míos sus sufrimientos.
En ésta, la hora culminante de su vida,
¿cómo iba a abandonarle?

Vino la oscuridad,
las burlas,
sus últimas Palabras
que se quedaron inscritas
para siempre en mi corazón...

"Padre, perdónales,
no saben lo que hacen..."
"Esta misma noche
tú estarás conmigo..."
"Padre mío,
¿por qué me has abandonado?"...
"Tengo sed..."
"Mujer, ahí tienes a tu hijo..."
"En tus manos entrego mi vida..."
"Todo está consumado..."

¡Después de esas horas de agonía,
todo fue silencio,
oscuridad,

desolación!
¡Todo parecía
tan incomprensible!
Sin embargo, sólo saber
que era la voluntad del Padre,
en cuyo corazón reposaba el mío,
me llevó a estar de pie, sin desfallecer.

Voz 1: (hombre)

Madre dolorosa,
permaneces de pie
junto a la cruz,
adorando cada gota de sangre
que cae del cuerpo de tu Hijo,
tu Hijo amado.
Habías dado tu sí incondicional y total
a la voluntad del Padre,
aunque te llevara
a subir al monte.

Tú te asociaste a tu Hijo
también en el dolor,
hasta morir
por los suyos,
por los que más quería.
A lo largo de tu vida
quedas oculta,
en un segundo plano.
Cuando llega
la hora de la humillación,
avanzas y te colocas
en primer plano,
de pie, digna y silenciosa.

Voz 2: (mujer)

¡Sin gritos
ni histerias ni desmayos,
en silencio y soledad!
Allí tu silencio
se transforma
en adoración y abandono,
en disponibilidad y fortaleza,
en fidelidad y plenitud,
en fecundidad y paz.
Permaneces aferrada
y entregada a la fe
en lo que el Padre te había anunciado...

¡Está bien, Padre amado!
 ¡Padre mío, en tus manos
 deposito a mi querido Hijo!

Voz 1: (hombre)

Y la última voluntad de tu Hijo
 fue dejarnos a ti
 como su regalo más querido...
 ¡Lo mejor, al final...!
 ¡En el momento
 más solemne de su vida
 y de la vida de la humanidad,
 nos entregó a ti
 para que con cuidado maternal
 nos condujeras
 por el camino de la salvación!

Voz 2: (mujer)

¡Desde ahora
 y para siempre,
 tendremos Madre,
 por expresa y postrera
 voluntad de tu Hijo.
 ¡Tú, la propia Madre
 del Hijo de Dios!

*(Música de fondo mientras se lee
 lo siguiente):*

Voz María:

Así es , hijo mío;
 al pie de la cruz
 desde donde pendía
 mi amado Jesús,
 di a luz a la humanidad.
 Desde entonces,
 quiero ser tu madre,
 y quiero que tú
 seas mi hijo predilecto.

Acércate a mi corazón.
 En él, quiero que aprendas
 que el amor se nutre
 y se prueba en el dolor.
 La fidelidad del amor
 llega hasta la cruz.

Mi Hijo lo había dicho
 antes de morir:
 "Nadie tiene mayor amor
 que aquel que da la vida
 por los suyos".

Todos:

¡Señora de la cruz y de la esperanza,
 Señora del Viernes Santo,
 hoy queremos decirte gracias!
 Muchas gracias, Madre,
 por tu fiat,
 por tu completa disponibilidad de esclava
 a la voluntad del Padre.

Gracias, por tenerte a ti,
 la Madre del Hijo de Dios,
 como mi propia madre.

Canto:

El Alfarero , pág. 4, N° 9)

*(Música de fondo mientras se lee
 lo siguiente):*

María:

Mi querido Jesús
 me había confiado
 que resucitaría;
 sin embargo,
 no pude dejar de sufrir
 junto a él.
 ¡Cómo anhelaba que esos días
 pasaran volando!
 ¡Sólo anhelaba volver a ver
 a mi querido Hijo!

¡El día de su gloriosa resurrección llegó!
 ¡Lo vi resplandeciente,
 triunfante, radiante!
 ¡Había vencido la muerte para siempre!
 ¡Mi corazón exultaba de gozo!

Sin embargo,
 ya no se quedaría
 mucho tiempo en la tierra.

Debía ir al Padre
para enviarnos su Espíritu Santo.

Antes de partir nos dijo
que lo aguardáramos
en el Cenáculo,
en oración profunda.
Juan, el discípulo predilecto de mi Hijo,
me acogió en su casa,
según su propio
y último deseo,
cuando agonizaba en la cruz.
Aún resuenan en mi corazón sus palabras:
"Juan, cuida con cariño a mi Madre,
hazlo en recuerdo mío"...

Nos reuníamos
con el grupo
de los Comprometidos con Jesús,
y acudíamos diariamente al Cenáculo.
Allí permanecíamos largos horas
en oración,
reflexionando,
recordando
cuanto habíamos experimentado
junto a Jesús:
sus palabras,
sus gestos,
sus acciones,
sus milagros,
pero, por sobre todo,
el inmenso amor
que irradiaban sus palabras,
su corazón,
su vida toda.
Vivíamos todos unidos,
teníamos todo en común;
éramos un solo corazón
y una sola alma.

Un día, estando en oración,
sopló un viento huracanado...
¡El Espíritu Santo irrumpió violentamente,
con fuego y temblores de tierra,
y vino a posarse
sobre cada una de nuestras cabezas,
en forma de lenguas de fuego!

¡Nos sentimos llenos
de una inmensa alegría!
¡El amor encendió nuestro corazón,
iluminó nuestro entendimiento,
y todo lo que Jesús nos había enseñado,
se nos hizo comprensible!

¡Sentimos el anhelo inmenso
de comunicar a otros
cuanto habíamos vivido
con mi querido Hijo!
¡Comunicar a todo el mundo
esa Buena Nueva
que él nos había comunicado;
esa Buena Nueva
de que Dios se llama Padre
y que nos ama
con un amor de predilección.

Voz 1: (hombre)

¡María, Reina del Cenáculo,
el Espíritu Santo
había tomado posesión de tu corazón
desde el día de la Anunciación!
¡El Espíritu Santo
te cubrió con su sombra,
y te transformaste
para siempre
en templo de la Trinidad!

¡Madre, Reina del Cenáculo,
desde aquel día y para siempre,
tú desencadenarás
una irradiación espectacular
del Espíritu Santo!

Voz 2: (mujer)

Por eso, Madre,
la Iglesia naciente
estuvo presidida
por tu presencia silenciosa.
Tú fuiste el alma
de esa pequeña comunidad,
de la comunidad
de los Comprometidos con Jesús.
Tú dispusiste sus corazones
comunicándoles tu actitud virginal,

de oración,
de espera silenciosa y anhelante.
Tu presencia, Madre,
coincide siempre
con la presencia del Espíritu Santo.

Y así, en la naciente Iglesia,
fuiste Consejera,
Consoladora, Animadora;
fuiste alma de su alma.
Desde entonces,
tú serás la Madre de la Iglesia,
el alma de su vida.

*(Música de fondo mientras se lee
lo siguiente):*

Voz María:

Ven, hijo mío,
acércate a mi corazón.'
Quiero decirte que Yavé, mi Padre,
quiso hacerme su Madre.
Y sólo porque él así lo quiso
y porque su Espíritu
habita mi alma,
puedo decirte
que soy la Madre del amor hermoso,
del respeto, del conocimiento
y de la santa esperanza.

Porque Dios así lo quiso,
yo aparecí
desde el origen del mundo.
Desde antes de los siglos,
yo salí de sus manos,
como esbozo destinado
a embellecerse
a través de los tiempos,
como cooperadora de su obra.

Porque él así lo dispuso,
desde toda eternidad
el Señor
ya me había concebido
y yo había ganado su corazón.
Y yo he atraído hacia mí a Dios,
mucho antes que a vosotros.

El me hizo surgir
para venir a habitar
entre vosotros.
Yo soy el encanto
derramado sobre el mundo;
yo seduzco siempre,
pero hacia la luz;
yo sigo arrastrando,
pero en la libertad.

Yo soy la Iglesia,
Esposa de Jesús.
Yo soy la Virgen María,
Madre de todos los hombres.
Como se da una madre,
yo me doy a mis hijos.
Y desde toda eternidad,
a los que por él
me han sido designados,
les imploro ese Espíritu que me habita
para que sea alma de su alma.

Voz 1:(hombre)

María, Reina y Madre,
tú eres la personificación
de ese remolino
que nos arrastra hacia Cristo,
hacia el Padre.

Quien a ti te acepta,
quien en ti se adentra,
ése es arrastrado
por un remolino
que se llama Cristo,
que se llama Dios Padre.

Voz 2: (mujer)

Sí, Madre y Reina,
tú eres quien lleva
y trae a Cristo.
Tú eres el templo de Dios,
Santuario vivo de Cristo
morada del Espíritu Santo.
En ti habita
la Santísima Trinidad.

Todos:

María, Reina del Cenáculo,
dispón también nuestros corazones
para que el Espíritu
pueda irrumpir con fuerza
y habitar en nosotros.
Haz que el Espíritu de Cristo
nos penetre hondamente;
en abundancia, obséquianos
con elocuentes dones de amor,
para que, a semejanza tuya,
brille a través de nosotros
el resplandor de Cristo.

¡Madre, ven
aguarda tú
con nosotros
a ese Espíritu de Amor!

Canto final:

Te consagro lo más mío
(pág. 51, N° 97)